

REDACCION.

DIRECTOR.—Bueno Cordero, (D. J.)
 REDACTORES.—Artísticos: Navarro de Vera, (D. H.)—Bedmar, (D. A.)—Fernandez Navarro, (D. A.)
 LITERARIOS: Felices Andujar, (D. C.)—Gil de Aincildegui, (D. F.)—Fernandez Navarro, (D. A.)
 COLABORADORES.—Rubio, (D. A.)—Jesús Garcia, (D. J.)—Estevan, (D. D.)—Burgos Tamarit, (D. J.)—Aquino Cabrera, (D. F.)—Gimenez Aquino, (D. M.)—Ramos Oller, (D. A.)—Taramelli, (Don M.)—Blasco Segado, (D. R.)—García Cirre, (D. J.)—Pradal, (D. G.)—Madrid.

PRÓLOGO.

¡Y éramos pocos!
 Con esta frase ha saludado nuestra aparición un diario local, y efectivamente, nosotros hacemos el número mil de la pléyade de periódicos que en esta capital se publican.
 Pero ¿qué es esto comparado con lo infinito?
 Nosotros no traemos programa alguno, por que no podemos traerlo; yo hablaría aquí del vacío que se dejaba sentir en el estadio de la prensa; de la necesidad que se notaba... pero me parecen muchas vaciedades para tan pocas palabras.
 Con decir que éste periódico es exclusivamente literario, basta.
 Y con decir que yo soy el encargado de *conferenciar* con ustedes semanalmente, para enterarles de cuantas novedades ocurran en esta capital, sobra.
 Es decir, el que yo entere á ustedes, no; pero yo no sé hasta que punto cumpliré mi misión de modo que no les aburra.
 Procuraré ser breve.
 Y así resultarán estas crónicas menos *latas*, indudablemente.

¡Ahí es nada hablar de novedades en Almería!
 Porque, ¿qué es lo que ocurre aquí de notable?
 De política, cero: esa no es mi cuerda, y sobre todo, ¿para qué hablar de los *ceros*?
 Las artes, las ciencias y la literatura duermen el *sueño de los justos*, que diría un escritor romántico relegadas al olvido por el indiferentismo de este bendito país.
 ¿De que hablaré yo entonces?
 Aquí no hay novedades, repito. Es decir, *Novedades*, existe todavía; pero unos durará mucho?
 El arrendatario del local está amenazado de un desahucio por la sociedad propietaria.
 ¿Para construir un gran teatro, dirán ustedes?
 No hay que ser maliciosos, señoras.
 ¿A qué gastar dinero en bagatelas, cuando tenemos esa hermosísima Plaza de Toros?
 ¿Para qué queremos más?
 ¡Menuda opinión se formará de esta

tierra el viajero que al llegar á ella por la carretera, contemple ese magnífico signo de nuestro adelanto intelectual!
 Porque, si señor; aquí no seremos otra cosa, pero lo que es flamencos y toreros...
 ¿Que no tenemos teatro? Bien ¡y qué! Para eso está ya cerca San Andrés; se vende como leña, y en paz.
 Dicen que España es el país de *Pan y Toros*.
 En Almería, á pesar de tener setenta mil duros en una pieza, convertidos en circo taurino, no tendremos toros; pero lo que es pan... tampoco.
 ¡Y váyase lo uno por lo otro!
 ¡Si el que no se consuela es porque no quiere!

¿Qué les ha parecido á ustedes la compañía de ópera que ha actuado... por todas las paredes de esta capital?
 ¡Vaya unos micos que nos propinan! Aunque yo creo que la culpa habrá sido toda de la empresa, por que lo que es abono, tenían, y mucho.
 Tanto que al llegar la compañía y convencerse de ello, se largó con la música á otra parte.
 Ahora se habla de una de zarzuela y yo no puedo menos de dar la voz de alerta.
 ¡Ojo, almerienses! ¡No hay que dejarse sorprender!
 A no abouarse nadie.
 A ver si estamos cincuenta y siete años seguidos sin compañía.
 Y si esto sucede ¡que honra para la familia!

Vasco de Gama.

A GRANADA.

SONETO.

Impruvisación.—Anuta y qansu-
 nanta forjada.

Dios asomóse á un pico de la sierra,
 y dando al aire un beso enamorado
 hizo brotar con su hálito sagrado
 todo el hechizo que Granada encierra.
 Dió su esencia á las flores de su tierra,
 su cielo fué con su fulgor pintado,
 dió á sus auras su aliento perfumado,
 y allí el encanto de su edén encierra.
 Elevó sus montañas argentinas
 para enlazar sus valles con el ciclo
 y gozar sus creaciones peregrinas;
 y viendo que faltaba algo en su suelo,
 de otro beso formó las granadinas,
 y satisfecho remontó su vuelo.

Antonio Rubio.

COSAS.

I.

—Es Librada tan sencilla,
 que ayer la ví ¡qué llanezal
 del río en la fresca orilla
 durmiendo, con la cabeza
 apoyada en la rodilla.
 —¡Pobre paloma sin hiell...
 ¡Durmiendo de esa manera
 se haría un daño cruel!
 —¡No! ¡si la rodilla era
 de su primo Rafael!

—¡Ya! ¿con que se hallaba echada de ese modo?

—De ese modo,
 —¡Pues ya sé porqué Librada dice amenudo que todo lo consulta con la almohada!

II.

Al bondadoso marido de Casta, Don Luis Clemente, hace poco le ha salido un tumor sobre la frente.
 No le causan desconuelo, no obstante, tumores tales, pues ya su padre y su abuelo tuvieron bultos iguales.
 Y como es en alto grado del laconismo entusiasta, solo dice resignado que eso le viene de casta.

III.

De un italiano al hotel Rosa por las tardes va;
 y da locciones con él,
 porque quiere aprender la lengua de Victor Manuel.
 Discípula ventajosa saldrá, si llega á la mano;
 pues, según afirma Rosa, se le pega el italiano de una manera espantosa.

F. Gil de Aincildegui

LA OLA.

CUENTO.

De todas las rocas que solas ó agrupadas se extendían á lo largo de la costa, era aquella la más grande; y si bien por su base tocaba al mar, por su altura descollaba entre sus compañeras.
 Erguida y altiva, miraba la roca á su vecina, una ola azul, que mansa y cariñosa besaba constantemente sus plantas; pero estaba orgullosa de aquella agradable vecindad, que por muchos conceptos halagaba su vanidad, que hasta las piedras la tienen.
 ¿Y cómo nó? si la ola con su cadencioso besuqueo, con ese lenguaje especial que es un continuo ¡paf...! paf...! la decía á todas horas:
 “Yo copio tu imagen en mi movible espejo, en tus huecos dejo las algas y las conchas nacaradas que traigo de allá dentro, mi blanca espuma te embellece y al filtrarse por tus grietas y hendiduras deja en ellas depositados gérmenes de pequeños seres; por mí te cubres de ese musgo fino de color de esmeralda”; y la ola azul seguía, seguía besando el cimiento de la piedra.
 La roca, es claro se enorgullecía y creíase feliz por sus cuatro costados. Abajo, el continuo murmurio de la ola, bullir de mil peces de doradas escamas, las pequeñas conchas marinas, y todo aquel puñado de gentecilla menuda, que vivía pegada á ella, morando en sus huecos, escondida en sus grietas, formando colonias y pueblos, donde el liquen hacía las veces de bosques y cualquier hendidura de abismo.
 Arriba, dominaba á sus compañeras; el vientecillo del mar la acariciaba dulcemente, y las gaviotas refrenando el vue-